

# La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS



## INCRÉDULOS QUE NO LO SON

Un amigo ten o, vecino de mi casa, listo, guapo, buen moçeton, algo entrado en años, aunque lo disimula perfectamente. Es notario, y por más señ.s despreocupado, vulgo incrédulo, lo cual le parece á él que completa y redondea su profesion.

—Es usted jóven, — me decia dias atrás, — y cree usted en todo. Pero cuando llegue á mi edad se volverá usted escéptico como yo mismo. La fe es buena para los niños y las mujeres, y pare usted de contar.

—Paréceme, D. Paneracio, le digo yo, que no anda usted muy sobre lo firme. Se tiene usted por es éptico, cuando si le fuéramos á examinar, puede que le encontráramos más crédulo que cualquier monja ó sacristan.

—¡Caballero! — exclamó con arrogancia.

—No hay que atufarse, amigo mio, — repuse yo con calma, — que si usted se cree con perfecto derecho para dudar de todo, no creo vaya á negarme á mí el de poner en tela de juicio sus dudas de usted. Voy á probarle, como dos y dos son cuatro, que en materia de fé es la de usted mucho más

supina que la mia, y eso que yo creo firme y decididamente cuanto me enseña la santa Iglesia católica, apostólica, romana, sin excepcion.

—Trabajillo le mando.

ted y estará muy seguro de que es usted, D. Paneracio, el notario de esta villa, hijo de D. Fulano, padre de usted, tambien notario, el cual era hijo de otro D. Zutano, abuelo de usted, y

éste de D. Mengano, su bisabuelo. En una palabra, está usted seguro firmemente seguro de su personalidad, cree á los documentos y testigos que dan fé de ello. ¿Qué diria ahora usted si yo, en un rasgo de escepticismo, me empeñase en que usted no es usted, el hijo del notario D. Fulano de tal, sino á lo más el hijo del portero ó del escribiente?

D. Paneracio levantó la cabeza y frunció airado el entrecejo.

—¡Ah! — exclamé yo riendo á carcajada tendida. — ¿Con que le pica á usted una simple suposicion? Pues sepa que en materias de religion se permite usted dudas que son peores que éstas, porque son verdaderas blasfemias. ¡Y cuando nosotros nos escandalizamos de oirlas, por buena gracia nos llama



EL ATEO

—Vamos á ver. Usted mi D. Paneracio, ¿creerá sin duda en su propia existencia?

—Perfectamente y sin clase alguna de vacilacion.

—Y no solo esto, sino que creerá us

usted intolerantes! Prosigamos. Inútil es añadir que está usted convencido de que es un ser distinto que su caballo y algo superior á él. De lo contrario estaria usted en la cuadra y él en el gabinete. ¿Qué le parece á usted si yo

sostuviera en serio que ha de venir día en que se verifique esta transmutación?

—¿Se ha propuesto usted burlarse de mi persona?

—Nada de eso. No hago más que apuntar una consecuencia muy posible de la doctrina de Darwin sobre la mutabilidad de las especies, doctrina que no negará usted pertenece de lleno á la llamada ciencia moderna. Quizá más de una vez ha creído usted más racional ser darwinista que ser buen cristiano. Pero ¡vaya! continuemos. Dígame usted, amigo mío, ¿qué es lo que no cree usted?

—¡Hombre! Yo no creo nada de eso que vosotros llamais *dogmas* y que en realidad son fábulas y nada más?

—Está bien. ¿Quién os ha enseñado á no creer eso que decis son fábulas y nada más?

—La ciencia.

—¿Qué ciencia?

—Todas: la geología, la mineralogía, la filología, la frenología, la psicología?

—¡Hola! ¡Hola! ¿Esas tenemos? ¿Con que usted amigo D. Pancracio, es usted geólogo, mineralogista, frenólogo, filólogo y tantas otras cosas que yo nunca llegué á sospechar?

—No por cierto, ni hay necesidad. Pero hay hombres que son todo eso, y sus libros claramente lo atestiguan.

—¿Habrá usted leído esos libros?

—No ciertamente, pero de eso se dá cuenta cada día en los periódicos.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¿Conque usted cree bajo su honrada palabra á toda esta multitud de desconocidos y se tiene aún por escéptico? ¡Cuántos actos de fé! Recibe usted el diario, y por la fé que tiene en el cartero, cree usted buenamente que viene de la capital. Lo lee usted, y por la fé que tiene en una firma que no conoce cree usted que no le engaña el redactor. Si este redactor desconocido girase contra usted un billete de veinte reales á ocho días fecha, tal vez no lo aceptaría; sin embargo, como ahora no habla usted más que de Dios, del mundo, del alma y de la eternidad, ¡frioleras! le cree usted sin el menor reparo, á pesar de no conocerle. Fé por fé, prefiero la mía. O sinó comparaciones al canto.

Yo creo en la eternidad de Dios creador. Usted en la eternidad de la materia vil.

Yo en el destino inmortal del alma humana. Usted en la muerte del hombre semejante á la del borrico, que se pudre en el muladar.

Yo en la sabiduría divina de la Igle-

sia. Usted en la farsa de ocultas sectas que le trastornan el juicio y le llevan á la perdición.

Ambos creemos, pues, aunque diferentes dogmas.

Solamente que los míos descansan en el testimonio de Jesucristo Dios, de los Apóstoles y Mártires, que han dado por Él su sangre. Las de usted tienen en su abono el testimonio de cuatro folletistas á quienes no haría nadie la boisa ni la mujer.

Yo no creo sino lo que se ha creído en toda la Iglesia y en todos los siglos y por todos los hijos de ella. Usted cree lo que cada día y cada hora y cada minuto se le antoja variar á esa *ciencia falsa*, que pasa la vida desmintiéndose á sí propia y negando hoy lo que enseñaba ayer para negar mañana lo que anda enseñando hoy.

Fé por fé, es más noble, más segura la mía. Yo soy creyente; usted D. Pancracio, huyendo de las creencias y alardeando de incrédulo ha dado en el más hondo y miserable de todos los defectos de los niños y de las mujeres, y también de los notarios como usted.... el de la credulidad.

¡Pobres llamados incrédulos, que ni eso saben ser!

(La Hormiga de Oro.)

## AL CIELO, AL CIELO

“Todos, en la tierra, estamos desterrados, todos somos peregrinos. Arriba nuestros corazones y nuestras esperanzas! Piadosos peregrinos, marchemos, marchemos siempre; caminemos hácia la Pátria! Bien insensato por cierto aquel que pretendiera por siempre alzar aquí su tienda, y soltar, de sus manos, el báculo del viaje! Acasogno está siempre la muerte acechándonos y persiguiéndonos sin cesar? Acaso el tiempo, con sus rápidas alas, en su veloz carrera ¿no nos arrebatara también? Seamos todos pues peregrinos del Cielo!”

Así empieza su libro titulado **El Lirio Inmaculado** el P. Fr. Maria Antoni, misionero Capuchino que tuvo la dicha de oír de labios de la inocente Bernardetta la historia de las apariciones de Lourdes. Puesto que se acerca la festividad de la Inmaculada Concepcion recuerden nuestros lectores esta consoladora historia oyéndola tal como la refirió la piadosa niña al celoso misionero.

“Un jueves del mes de febrero, (habla Bernardeta) hácia las doce del día, cogía leña con mi hermanita Maria y una vecinita. Hemos llegado á las orillas del Gave; frente á la Gruta, mis compañeras habian atravesado el canal del molino; yo me descalzaba para atravesarlo como ellas; cuando,

de repente oigo un ruido como el del viento, Levanto la cabeza, miro; las ramas de los árboles no se movian. Me he engañado, me dije, y me bajé de nuevo para acabarme de descalzar; pero de nuevo el mismo ruido se dejó oír hácia la Gruta. Me vuelvo, y cual es mi sorpresa al ver, delante de mí, en el hueco de la Gruta, á una hermosísima Señora, en pié, que me miraba y parecia llamarme. Al verla, me sentí toda sobrecogida; quise llamar á mis compañeras y no pude; caí de rodillas y cogí mi rosario para ponerme á rezar.

—¿Cuál era, hija mia, el traje de esa Señora?

—Llevaba un vestido blanco, un cinturón azul, un gran velo blanco y una rosa de oro en cada pié. De su brazo colgaba un rosario cuyas cuentas eran blancas también y engarzadas en oro.

—¿Qué sucedió despues?

—Para rezar yo queria hacer la señal de Cruz, pero no podia; estaba muy conmovida. Entonces, la Señora me sonrió con bondad; y cogiendo con su mano derecha la cruz de su rosario, se santiguó con ella, lo cual yo hice también, y despues se puso á rezar el rosario conmigo.

—¿Comprendisteis entonces que era la Virgen Santísima?

—Nó Señor, yo no sabia quién era.

—¿Os habló?

—Aquella primera vez, nó.

—Entonces ¿se os ha aparecido varias veces?

—Sí, diez y ocho. Se me ha aparecido el domingo despues de este primer jueves; despues el jueves siguiente, y además durante quince días seguidos, escepto un lunes y un viernes; pero esas dos apariciones fueron reemplazadas con la de la Anunciación y la del lunes de Resurrección.

—Cuando os habló esa Señora ¿qué os dijo?

—El jueves, despues de la primera aparición, me dijo: “Hija mia, hacedme el favor de venir aquí por espacio de quince días. Se lo prometí y ella me dijo: “Y yo, en cambio, os prometo haceros dichosa, pero no en este mundo, en el otro.” Volví entonces la cabeza hácia mis compañeras. Entre ellas se encontraba Antonieta que era de la Congregación de las Hijas de Maria. La Señora la miró con bondad; y como mis compañeras me dijeron le preguntara si podrian volver conmigo. Ella me contestó: “Pueden volver, y otras personas también, pues deseo que venga aquí mucha gente.”

Volvíamos cada día á la Gruta, como la Señora me habia dicho y vino mucha gente con nosotras.

El domingo siguiente me pareció muy triste; al verla de ese modo, yo también me entristecí y le dije: “qué teneis Señora, qué teneis? qué debo hacer?.” Ella me contestó: “Orar por los pecadores.”

En la aparición siguiente me dijo un secreto para mí sola.

—Ese secreto ¿lo podeis decirlo?

—No, no puedo. Ella me ha prohibido decirlo á nadie; ese secreto no concierne más que á mí.

Ese mismo día, me dijo: "Hija mia, id á decir á los sacerdotes que me edifiquen aquí una capilla, donde quiero que se venga en procesion!," Obedeci y fui á decirselo al Sr. Cura,

—¿Qué os dijo el Sr. Cura?

—Me preguntó si yo era Bernardeta, y me dijo que si mentía que Dios me castigaria, y no me llevaria al cielo. Yo le contesté: "Sr. Cura, no miento, le aseguro que es la Señora á quien voo en la Gruta que me ha mandado decirselo." Me preguntó si sabia el nombre de esa Señora á lo que contesté: "Nó, Señor, no lo sé." —Es preciso, sin embargo saberlo dijo entonces el Sr. Cura; sin lo cual no puedo dar fé á tus palabras. Dile pues, á esa Señora, que si es la Virgen Santísima haga florecer el rosal de la Gruta." En la aparicion siguiente se lo dije á la Señora, y Ella sin pronunciar una palabra se sonrió. despues exclamó por tres veces: "Penitencia! Penitencia! Penitencia!," Me mandó andar de rodillas por la conversion de los pecadores: Lo hice, y en seguida me dijo un segundo secreto para mí sola.

Al dia siguiente me dijo un secreto, tambien para mí sola y añadió: "Id á beber á la fuente, y lavaos en ella, y comed de la yerba que hay ahí." No viendo ninguna fuente, me iba al Gave. "Nó, no vayais allá, me dijo. No os he dicho ir á beber al Gave, sinó á la fuente que está aquí." Yo no la veia; y como Ella no cesaba de señalarme el sitio, me puse á escarbar la tierra, y principió á salir, al poco rato, una agua muy fangosa. Bebí de aquella agua, me lavé la cara con ella y comí de la yerba que habia cerca. La Señora se alegró mucho de ello; y, al dia siguiente, Bourriette, el cantero, se curó con aquella agua.

Pasada la quincena, yo iba todos los dias á la Gruta, pero nada me avisaba interiormente de que la Señora iba á venir. No sucedió así el dia de la Anunciacion en que me sentí fuertemente atraida. Al llegar á la Gruta, ví á la Señora; y como el señor Cura me habia encargado tanto le preguntára su nombre, lo hice dos veces. Ella, cada vez, sonreia con más bondad, pero sin decirme nada. Entonces le dije: O Señora mia! os lo suplico, decidme vuestro nombre! decidme: quien sois? Estendiendo entonces sus manos, cruzándolas sobre el pecho, y levantando los ojos al Cielo dijo:

### SOY LA INMACULADA CONCEPCION

—¿Comprendisteis esta palabra, hija mia?

—Nó señor, no la habia oido nunca.

—¿Cómo hicisteis pues para recordarla?

—La fui repitiendo mientras duró el camino, hasta llegar á casa del señor Cura á quien iba á decirsela.

—¿Qué dijo el señor Cura?

—Esta vez se alegró mucho.

—Rogué entonces á Bernardeta, hiciera de-

lante de mí, los mismos ademanes y acciones como lo habia hecho la Virgen Santísima al pronunciar aquellas palabras.

Bernardeta se recogió inmediatamente y añadió: Ella hizo así: Y en aquel momento, la fisionomia de la niña tomó una expresion de tal arrobamiento, que su recuerdo no se borrará nunca de mi memoria. Como la Virgen Santísima, estendió primero las manos; despues las levantó á la altura de los hombros; y al fin, cruzándolas sobre el pecho y contemplando el cielo me dijo: En este momento fué cuando la Virgen Santísima pronunció estas palabras:

### SOY LA INMACULADA CONCEPCION

Este solo recuerdo la puso de repente, como en presencia de la Vision celestial; la ví como transfigurada, algo sobrenatural pasó por su angelical semblante; su mirada se abismó, se sumergió en lo infinito!

Yo mismo me sentí profundamente emocionado; y despues de un momento de religioso silencio, no pude menos de exclamar: ¡O querida niña, cuan dichosa sois! Bernardeta bajó modestamente la cabeza añadiendo: "oh! Padre mio! ¡qué hermosísima es la Virgen Santísima! qué hermosísima es! Todas las imágenes, todas las señoras más hermosas de la tierra, no son nada en comparacion. ¡Así es que, cuando Ella venia toda la peña cantaba, y cuando se iba toda la peña lloraba!"

Algunos años despues Bernardeta no estaba ya cerca de su Gruta querida. Poseida, desde que sus ojos habian contemplado á Maria, del único deseo de huir del mundo y de solo vivir para los pobres y Dios, habia hecho el sacrificio de todos sus consuelos, y habia ido á esconderse en Nevers, en la comunidad de Hermanas de la Caridad.

Acordándome de la alegría que habia experimentado al oír la referirme todos los detalles de las celestiales apariciones, y no pudiendo ya renovarla con ella, fui á visitar á su hermana María, suplicándola me refiriera cuanto ella misma hubiera observado.

"Cerca de mi hermana estaba, me dijo, cuando vió á la Santísima Virgen por la primera vez. Ah! Padre mio, si la hubierais visto cuando rezaba el rosario y miraba á la Gruta! estaba inmóvil como una piedra y blanca como la cera. La hubiera creído muerta si no hubiese permanecido de rodillas y sonriendo continuamente.

—¿No le hablábais?

—La llamábamos gritando, la sacudíamos muy fuerte, pero ella nada oia ni sentia.

Lo que me dijo la hermana de Bernardeta muchas veces me ha sido repetido por gran número de personas, testigos presenciales, á quienes he interrogado en los lugares mismos de la aparicion.

"Ah! me decia, no há mucho una señora, vecina de Lourdes, nunca podrá nadie comprender la dicha que nos embargaba cuando aquella pobre niña veia á la Santísima Virgen. Seguramente no necesitábamos, noso-

tros, verla como ella, pues solo con mirar á Bernardeta, sentíamos todos que la Virgen Santísima estaba allí y llorábamos de alegría. No recuerdo haber rezado nunca con tanto fervor como en aquellos felicísimos momentos, ni sentido lo que entonces sentia, sino cuando vuelvo á la Gruta. Así es que cuando al principio la policia quiso impedirnos ir nos resistimos! Con tal de ir á la Gruta todos nos hubiéramos privado de comer y dormir. Antes que renunciar ir á la Gruta nos hubiéramos dejado matar. Pero dejadme referiros una circunstancia que no olvidaré jamás. En una de las apariciones me hallaba cerca de Bernardeta cuando al irse consumiendo el cirio que tenia en la mano, la llama fué bajando á la altura de sus dedos sin que en el espacio de un cuarto de hora, experimentara por ello la niña el más pequeño daño. Al ver la llama pasar entre sus dedos, todos gritaban y hacian señas de retirarle la mano; lo hice, más ¡oh milagro! ni la más mínima señal se observaba en ella; ni en lo más mínimo el fuego le habia lastimado. ¡Pobre y dichosa niña! Custodiándola la Virgen Santísima ¿cómo hubiera podido quemarse?

A este testimonio, bueno será añadir el de un hombre muy prevenido al pronto contra todo lo que sucedia en la Gruta. Cobrador de contribuciones en Lourdes, quiso presentarse él mismo en el lugar de las apariciones, con el fin, segun decia, de comprobar su ridículo y falsedad. Hé aquí las expresiones de que se ha valido para traducir sus impresiones. El autor de Nuestra Señora de Lourdes, de esta manera las ha consignado en su obra inmortal.

"Llegué muy dispuesto á reirme á rienda suelta de lo que yo creia nimiedades y supercherias. Una multitud inmensa se fué apiñando poco á poco en los alrededores de aquellas rocas salvajes. Habíamos llegado muy de mañana, y, gracias á mis codos, pude, sin demasiada dificultad, colarme en primera fila. A la hora de costumbre, casi á la salida del sol, Bernardeta llegó. Estaba cerca de ella, por lo que pude observar en aquellas facciones infantiles, ese carácter de dulzura, esa inocencia y tranquilidad profundas que tanto me habian llamado la atencion, en su interrogatorio en casa del Comisario. Se arrodilló con gran naturalidad, sin ostentacion ni turbacion, como si hubiera estado sola. Sacó un rosario y principió á rezar. Mas, pronto su mirada pareció recibir y reflejar una luz desconocida, quedó fija y se de-uvo, arrebatada, embelesada, radiante de felicidad, en la abertura de la roca. Miré hácia ese lado, y solo ví las ramas secas del rosal silvestre. Sin embargo ¿qué os diré? ante la transformacion de la niña, todas mis anteriores prevenciones, todas mis objeciones filosóficas, todas mis negaciones preconcebidas, cayeron de repente al suelo, y dieron lugar á un sentimiento extraordinario que, bien á pesar mio, se apoderó de mí. Tuve la certidumbre de haber presenciado la inapreciable de

que un Sér misterioso se encontraba allí. Mis ojos no le veían, pero mi alma y la de los innumerables espectadores de aquella hora solemnemente la veían como yo, con la luz interior de la evidencia. Si, lo atestiguo, lo aseguro, lo afirmo: un Sér divino estaba allí.

«Súbita y completamente transfigurada, Bernardeta no era ya Bernardeta; era un ángel del cielo, abismado en inenarrables arrobamientos. No tenía ya la misma fisonomía: otra inteligencia, otra vida, hasta otra alma, iba á decir, se reflejaba en ella. Su actitud, sus menores ademanes, hasta el modo con que hacia la señal de la cruz, tenían una nobleza, una dignidad, una grandeza más que humana. Sus hermosos ojos se dilataban ávidos para ver, sonreía á un sér invisible, lo cual daba y demostraba la idea de la beatitud y del éxtasis. No menos curioso que los demás espectadores, como ellos, contenía el aliento por oír el coloquio que se había entablado entre la Vision y la niña (1). Observé, que por intervalos, su respiración se interumpía. En todo este tiempo no se le caía el rosario de la mano; tan pronto inmóvil, como deslizando entre sus dedos. Cada uno de sus ademanes estaban en perfecta armonía con su fisonomía que, alternativamente expresaba la admiración, la oración, y la alegría. Hacia, por intervalos, esas grandes señales de Cruz de que acabo de hablaros. Ah! si en el cielo también se santiguan los Bienaventurados, seguramente no lo harán de mejor manera que Bernardeta en éxtasis. Aquel ademan de la niña, por reducido que fuera, parecía abarcar lo infinito.»

«En un momento dado, Bernardeta, andando de rodillas, se adelantó, desde el punto en que rezaba, es decir, desde la orilla del Gave, hasta el fondo de la Gruta, recorriendo, de esta manera un espacio de quince metros. Al subir aquella áspera pendiente, las personas que estaban á su paso, la oyeron pronunciar muy distintamente estas palabras: «¡Penitencia! ¡Penitencia! ¡Penitencia!»

«Algunos instantes después se levantó, y tomó confundida entre la muchedumbre el camino del pueblo. Entonces, solo era una pobre muchacha toda llena de harapos, con la cabeza y espaldas cubierta con su capucha de tosca y burda lana que no parecía haber tenido más parte que los demás en tan sorprendente espectáculo.»

Tales son piadosos lectores, los datos que he tenido la dicha de recoger de la boca misma de Bernardeta, de la de su hermana y de un gran número de felicísimos testigos de aquellos portentos y maravillas.

Fr. María Antonio — Capuchino.

## PARÁBOLAS DE SALOMÓN

Mejor es un bocado de pan seco con santo gozo, que regalada mesa con pen-

(1) Durante el éxtasis, observa el autor de Nuestra Señora de Lourdes, se veía claramente mover los labios de la niña, sin por ello, percibir ninguna palabra. En aquel estado místico, los sentidos están, por decirlo así, como espiritualizados, y las realidades que los hieren son absolutamente imperceptibles para los órganos groseros de nuestra decaída naturaleza.

dencias. Como en el fuego se ensaya la plata, y el oro en el crisol, así prueba el Señor los corazones. Más aprovecha una reprensión al prudente, que cien golpes al nécio. Al que vuelve mal por bien, no se irá la desdicha de su casa. El que justifica al impio y el que condena al justo, ámbos son abominables delante de Dios. ¿Qué aprovechan al nécio las riquezas, no pudiendo comprar sabiduría? En todo tiempo ama el que es amigo, y el verdadero hermano se prueba en la tribulación. El corazón alegre conserva la edad florida; el espíritu triste seca los huesos. El hijo nécio provoca la ira del padre, y affige á la madre que le engendró. El que habla con mesura, es docto y prudente; y el hombre entendido, es de espíritu preciado. Aun el nécio, si calla, será tenido por cuerdo; y si cierra sus labios, por inteligente.

## VARIEDADES

### EL ALQUIMISTA Y EL FILÓSOFO

Un Alquimista  
Muy charlatan  
A cierto Sábio  
Se fué á encontrar.

—«Tirad, le dijo,  
«Maese Juan,  
«Tirad los libros;  
«No os consumais.  
«Porque ¿qué vale  
«Tanto su ar,  
«Si vives pobre,  
«Si no medra...?  
«¿Quereis ser rico,?  
«¿Quereis trocar  
«La suerte vuestra,  
«Hoy tan fatal,  
«Por una extrema  
«Felicidad?

«Yo tengo un medio:  
«Si lo aceptais,  
«Tendreis tesoros  
«Que valdrán más  
«Que cuantos otros  
«En su caudal  
«El rico Tajo  
«Logró llevar.

«Venid conmigo,  
«No os pesará;  
«Venid conmigo,  
«Y á saber vais  
«Como convierto  
«Cualquier metal  
«En oro puro ...  
«¡Vos lo dudais!

«En oro dije,  
«No vuelvo atrás.  
«Tengo el secreto  
«Que desde Adán  
«Busca con ansia  
«La humanidad;  
«Tengo la piedra  
«Filosofal.»—

Suelta la risa  
Maese Juan:  
Y, no creyendo  
Tal necedad  
Así contesta  
Al charlatan.

—«Vivir contentos con nuestra suerte  
«Hasta en el seno de humilde hogar;  
«Tener un alma creyente y pura  
«En que se anide la dulce paz;  
«Esa es, amigo, la gran riqueza:  
«Esa es la piedra filosofal.»—

Felipe Jacinto Sala.

## LECTURAS POPULARES

—(0)—

### CUENTOS, ARTÍCULOS Y DIÁLOGOS

DE BUEN HUMOR

de A. C. y G. director de  
LA LECTURA POPULAR

### TERCERA COLECCIÓN

ILUSTRADA CON BONITAS VIÑETAS POR

D. José María Suay

PRECIO UNA PESETA.

Los pedidos acompañados de su importe á la administración de «La Semana Católica», Bolsa 10 principal—Madrid:

NOTA.—De la colección segunda quedan ejemplares; la primera está agotada.

## LA LECTURA POPULAR.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc., ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

### PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

Una acción . . . . .	4 pesetas manuales
Media id. . . . .	2 " "
Un cuarto id. . . . .	1 " "
Un octavo id. . . . .	0'50 " "

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede también la suscripción en Madrid en la administración de «La Semana Católica», Bolsa 10 y en las demás católicas.

IMP. DE LA LECTURA POPULAR.